

LA VIDA ARTISTICA DE MEXICO

(FRAGMENTOS)

Por FRANCISCO MONTERDE

En "Facundo" habla Sarmiento de la lucha entre el campo y la ciudad, hermanos enemigos, entonces, dentro de su país. Lo que dice de la Argentina puede aplicarse a otras repúblicas hispanoamericanas, porque en medios análogos los problemas son semejantes: en unos se anticipan y en otros se retardan.

Sirva eso para explicar, en parte, nuestras alteraciones políticas. Una revolución es, casi siempre, la lucha del campo contra la ciudad cuando ésta se olvida de las necesidades de aquél.

Sirva eso, también, para explicar por qué se habla separadamente del arte de la ciudad y del arte del campo.

* * *

A juzgar por los testimonios del pasado, que la arqueología se encarga de descubrir y situar en cada época, la lucha ha sido casi continua en lo que antes se llamó Anáhuac.

Por su vasto territorio se encuentran diseminados los vestigios de las civilizaciones desaparecidas. Cada núcleo dejó en él construcciones más o menos perfectas, según el grado de cultura alcanzado.

Algunos monumentos, en Teotihuacán y en otros puntos, ofrecen detalles arquitectónicos que pertenecen a civilizaciones de épocas diversas. Los arqueólogos han descrito esas construcciones superpuestas que descubren la tragedia de un pueblo pacífico, adelantado en las artes, que fué vencido por otro que era inferior a aquél en todo menos en el arte de pelear.

El paso de ese pueblo, el tolteca, quedó señalado por los edificios cuyas ruinas descubren detalles de arquitectura, escultura y pintura que sólo han revelado parte de sus secretos: los secretos de una religión superior cuyo culto no era sanguinario como el de los sucesores.

Es indudable que las artes menores de origen indígena que produjeron los bellos ejemplares guardados hoy en los museos, se debieron también, en gran parte, a ese pueblo. En alfarería produjo vasijas de forma perfecta, hermosamente decoradas, y las grecas de

sus tejidos no eran inferiores a la ornamentación de los frisos monumentales.

La tribu guerrera que se enseñoreó del valle, aprovechó la solidez de las construcciones anteriores, para cimentar sus templos y apoyar nuevas pirámides, en las que se echa de menos la decoración primitiva.

Aprendió a cubrir con fragmentos de piedras azules las superficies tersas de los cráneos y de las máscaras de barro cocido, y a ejecutar mosaicos de pluma, aprovechando los tributos del reino michoacano y la riqueza del colibrí.

El señorío de Atzacapotzalco se hizo famoso por sus orfebres: el oro que recibía Moctezuma, como presente de sus súbditos, se transformaba en joyas que maravillarían a los conquistadores, acostumbrados a las riquezas de Italia.

La opresión de los aztecas pesó como un duro yugo sobre los pueblos vecinos y preparó la dominación española. En los códices, huellas oscuras de pies humanos marcan el derrotero de las emigraciones. Esas huellas sugieren el terror de los perseguidos, que iban dejando a sus espaldas los tesoros de arte y de sabiduría que aprovecharon sus perseguidores.

De la vida artística precortesiana hablan con rigidez las piedras labradas en Xochimilco, Mitla, Uxmal y Chichén-Itzá, y con lenguaje más armonioso, las leyendas que no tienen cabida en la historia, las teogonías intrincadas y las poesías, entre las que figuran algunas, consideradas hasta hoy como himnos, en las que yo veo el diálogo de un teatro en embrión.

* * *

Con la llegada de los conquistadores, la palpitación artística no se interrumpe. Desvanecido el estupor que produjo el estruendo de las armas nuevas, los indígenas del barrio de Amantla vuelven a inclinarse parsimoniosos sobre sus mosaicos de pluma. Sabido es que a veces pasaba un día entero antes de que se decidieran a añadir una nueva pluma, indecisos ante el matiz que convenía escoger. Los tlaucilos continúan pintando frescos, y los escultores, armados con herramientas cuya forma antes no sospechaban, labran con hierro las piedras que antes labraban con otras piedras.

Hay, además, una diferencia: unos y otros han tenido que sustituir las figuras idólatras por la imagen del nuevo Dios. Las teogonías se mezclan, poco a poco, con las leyendas españolas y las tradiciones de milagros, y en los códices los dibujos primitivos alternan con palabras de la lengua de los hombres blancos.

Los centros de producción artística, que antes se hallaban en torno de los palacios, se van desplazando para situarse en las cercanías de las iglesias y de los monasterios.

Con los virreyes y arzobispos, traen las naves que arriban periódicamente a las playas de la Nueva España, objetos nuevos, muchos venidos de Oriente, que van a influir en la ornamentación mexicana.

Mientras en la capital los primeros pintores del viejo mundo llenan de imágenes y símbolos vastos lienzos para decorar los muros, y el indígena ejercita su paciencia en el tallado de los altares, don Vasco de Quiroga hace brotar nuevos centros de artes e industrias.

En Michoacán don Vasco dejó implantada una organización de productores que aun dan bellas obras al mundo: tan firme fué la enseñanza, que ha sobrevivido y se mantiene en pie a través de las edades.

Otros, con menor firmeza, alentarán las industrias de cada región, para que Oaxaca, Jalisco y Guanajuato produzcan cerámica propia, aprovechando las virtudes de sus tierras y de sus minerales. En Amozoc se harán prodigiosas incrustaciones de plata en hierro, como en Eibar se hacen con hierro y oro, sin que exista inferioridad en aquellas obras.

La talavera de Puebla rivalizará en la Nueva España con la de Talavera de la Reina, que se hizo famosa en la Península. Y en el norte del país y en el sur remoto, la seda alternará con el lino y la lana, para crear tejidos pródigos en color, de recia urdimbre.

La vida mexicana ha seguido su curso, tomando un ritmo nuevo en el que el estatismo indígena cobra celeridad con el ímpetu ibero.

Existen manifestaciones simultáneas de artes diversas: la ciudad se va enriqueciendo con mansiones de piedra labrada, en cuyos motivos el alarife español pondrá la fuerza y el escultor indígena la gracia, introduciendo, con instinto seguro, detalles decorativos de abolengo indígena que servirán para dar un sello característico a la arquitectura colonial, tanto civil como religiosa.

Los templos de la ciudad tienen imágenes y altares profusamente decorados, sillerías de coro realzadas por el prestigio de entalladores y maestros de marquetería. Las casas exhiben, como un lujo, puertas talladas, con escudos de la nobleza española, barandales de hierro martilleado y fuentes en que canta el agua al caer sobre un espejo de flores.

El campo sólo tiene casas humildes, pero en el interior de esas casas, habitadas por la pobreza, se hacen objetos que van a adornar las casas de los ricos. Las mujeres frotan con la palma de sus manos, infatigablemente, las jícaras pulidas con bellos colores y brillo semejante al de la laca de Oriente. Los hombres copian, en el telar, un trozo de jardín o el policromo alarde de un arco iris.

La vida, durante esa paz que duró cerca de tres siglos, no ha sido

igualmente buena para todos. Ya no existen los sacrificios humanos, pero, en la corte, la Inquisición juzga y condena a los reos al fuego, con el grave aparato de los autos de fe, mientras el encomendero es el terror de los campesinos.

En las creaciones de los artífices de la Nueva España, realizadas durante el virreinato, se observa, al mismo tiempo que la influencia del Oriente, debida a los bronceos, marfiles, porcelanas, telas, pinturas y lacas de la "Nao de China", el reposo perfecto en que fueron concebidas y llevadas a cabo. Los artistas, al amparo de los conventos o sostenidos por ricos mineros, como en el caso ejemplar de don José La Borde—Borda—, trabajan libres de preocupaciones materiales, entregados espiritualmente a sus creaciones, que sólo tienen igual, como observó el arquitecto Jesús Acevedo, en las obras maestras salidas de manos de artífices orientales.

El arte colonial no puede librarse de algunas limitaciones por el asunto, casi siempre místico, a veces aristocrático: limitaciones que sólo sobrepasan algunas obras de arte popular, en objetos que desde entonces prefieren los criollos para su adorno o para el decorado de sus habitaciones.

El hombre del campo, explotado por el encomendero para saciar los apetitos de la ciudad y de la metrópoli española, fué el que hizo triunfar, con su constancia, la lucha librada por la Independencia de México, y fué también el que afirmó la República después de esa tentativa de prolongación de una monarquía europea en el continente americano, que se conoce en la historia mexicana con el nombre de Segundo Imperio.

La Independencia fué anunciada por un síntoma artístico: la iniciación de la literatura nacional que ilustra José Joaquín Fernández de Lizardi, ya que la producción literaria de los tres siglos de dominación española sólo fué un reflejo de la literatura peninsular y apenas se salva del olvido por el relieve de estas dos figuras: Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, el comediógrafo corcovado y la monja poetisa.

"El Pensador Mexicano", modelador de la novela, periodista, moralista, hombre múltiple y de obra fecunda, merece atención y estudio, entre otras razones, porque de él proviene una nueva manifestación artística en que el hombre del pueblo es, al mismo tiempo, la meta y el punto de partida. A pesar de que Fernández de Lizardi nació en la capital y vivió en ella casi continuamente, por su ideología, estilo y propósitos, está más cerca de las gentes del campo.

La literatura durante el siglo pasado y lo que hemos vivido del presente, continúa oscilando entre la ciudad y el campo, y a la vez, entre lo propio y lo extraño, según con la teoría que Ricardo Rojas ha expuesto y titula "Indianismo y Exotismo"—mejor "americanismo

y europeísmo"—, puntos extremos entre los que se mueve, sin fijarse aún, el arte de los pueblos hispanoamericanos.

En México, como en otros países, la literatura ha sido, alternativamente, erudita y popular. Hoy se prefiere hablar de Rusia, los obreros y campesinos; ayer se prefería imitar lo aristocrático parisiense. Las últimas revoluciones han dado temas abundantes para novelas y cuentos en los que asoma el alba de un pueblo en formación, de un pueblo que lucha por definirse y ajustarse como las piezas de un "puzzle" aun no resuelto.

Los poetas, que después de repetir ecos de la poesía española, siguieron las ondulaciones de la poesía francesa—romanticismo, parnaso, simbolismo...—, con Ramón López Velarde trataron de captar la poesía propia.

* * *

Hacia 1915 puede fijarse el verdadero punto de partida del renacimiento artístico de México.

Simultáneamente resurgieron la arquitectura, la escultura, la pintura, la música, las letras y las artes menores propias, amortecidas casi durante un siglo de luchas políticas y militares.

Para algunas de esas artes, el propósito de reanudar la tradición interrumpida surge en la ciudad. José Clemente Orozco es el precursor que, como George Grosz en Alemania, observa y fustiga los vicios de una sociedad mal ordenada. Diego Rivera y sus continuadores, al renacer la pintura al fresco—antes sólo aprovechada en ornamentaciones monacales—, cubrirán amplios muros de edificios con anécdotas de las victorias proletarias y carteles de propaganda para justificar la revancha del campesino postergado.

De la ciudad parte, también, el impulso que rejuvenecerá—a veces excesivamente—la arquitectura colonial: piedra gris y tezontle rojo, y las artes menores relacionadas con la decoración exterior e interior de las construcciones. Para esa labor los escritores contribuimos exigiendo que las bellezas arquitectónicas fueran respetadas y ennoblecidas.

En cambio, para que el renacimiento musical se realice, los músicos de la ciudad han ido al campo en busca de sonos y melodías, que hoy repiten los labios que antes cantaban romanzas en italiano.

El teatro, dramático y lírico, pugna por afirmarse a través de ensayos titubeantes en que la ciudad y el campo se confunden...

México, temporalmente alejado del arte propio, trata hoy de aproximarse al ideal de la antigua sabiduría que acertó a producir obras de valor artístico dentro del pueblo que las creó y dentro de las tendencias estéticas universales.